

04/3

La mirada del corazón en la enfermedad. Un recorrido por la poesía del último siglo.

Miguel de Santiago,

Sacerdote, periodista y poeta.

Palabras clave:

Poesía, Mirada, Corazón, Enfermedad.

Key Words:

Poetry, Look, Heart, Illness

“Como la ausencia es un cristal que no se empaña, estoy viendo tus ojos cuando cierro los míos”.

LUIS ROSALES

Poetas significativos del siglo XX nos ofrecen a través de la belleza de la palabra distintas miradas del corazón humano: unas veces estarán dirigidas a Dios, otras a la naturaleza, otras a las personas siempre necesitadas de amor, débiles e inseguras ante la enfermedad y la muerte, hambrientas de trascendencia.

La cita de cabecera de este escrito pertenece a Luis Rosales (1910-1992). La encontramos abriendo el poema “Guardo luto por alguien a quien no he conocido” del libro Diario de una resurrección. En el poema “Y escribir tu silencio sobre el agua”, dedicado a la madre e incluido en el libro *Rimas* (Rosales, 1996), escribe:

*No sé cómo
voy a llegar, buscándote, hasta el centro
de nuestro corazón, y allí decirte,
madre, que yo he de hacer en tanto viva,
que no te quedes huérfana de hijo,
que no te quedes sola allá en tu cielo,
que no te falte yo como me faltas*
(p. 247)

En el conjunto de breves Canciones hay una titulada “Cuando se acaba el amor quedan las escurriduras”, cuyos dos versos rezan así:

“Tengo el corazón tan quieto
que sólo late sufriendo”
(Rosales, 1996, p. 433).

Y sufre el corazón cuando el ser querido sufre con su enfermedad y ambos corazones establecen un diálogo en el silencio mudo.

En su libro *Como el corte hace sangre* (Rosales, 1996), hay un poema de gran sentimiento y largo aliento titulado “La enferma”, que ofrecemos en su integridad:

*Ahora te alejas de mi cuarto con una gracia disminuida,
y en torno tuyo hay una sombra
que se desprende de tu cuerpo como una campanada
o una lágrima,
y tus pasos resuenan débilmente
como si se juntasen
para formar un pétalo,
un pañuelo de frío,
una pregunta o una muerte que no precisan contestación
porque te quiero
con una usualidad tan indigente
que el corazón se me aleja contigo
estableciendo ese diálogo
en que tus pasos son los labios
y hablan
y se derraman lentamente en mi vida
como la nieve se deshace.*
(p. 457)

Pero es, sin duda, en el maravilloso poema en prosa -realmente una elegía a la madre que aún late en los latidos del hijo- titulado *El contenido del corazón* (Rosales, 1996), donde encontramos multitud de textos de gran expresividad que ilustran lo que traemos entre manos.

Precisión y cordialidad aparecen aunadas en las páginas de este libro con el que su autor encontró su expresión más personal. He aquí algunos momentos de esa gran sinfonía:

“Ella apenas hablaba con nosotros, pero no atendía de una manera grave y nimia delectándonos con la mirada” (p. 354).

“Nadie puede quitarte lo que amas. Nadie puede quitártelo. En rigor a mí me han ido haciendo como soy las personas que amé. La admiración ha tirado de mí, desde pequeño, y he crecido mirando. (...)”

Durante muchos años la he mirado acuñándome” (p. 368).

“El quehacer y el esfuerzo la emocionaban como a quien funda hogar, y ella gozosa y palpitante viendo nuestra sorpresa, viendo que la seguíamos, viendo que la mirábamos sosteniéndola y ayudándola a andar” (p. 368-369).

“El tiempo se ha ido juntando entre nosotros, y él aprende a jugar y yo aprendo a nacer mientras los trenes van y vienen, y las palabras se certifican como las cartas cuando me dice que no le quedan besos -no me queda ni uno- y todo sigue igual, todo es lo mismo, porque a él le quedan juegos y a mí que queda él, y no me canso nunca de mirarlo, ni de verle jugar, porque ya sé que la alegría del niño no es una fiesta recuperable” (p. 370).

“El corazón nos dice claramente lo que necesitamos, pero nos dice oscuramente lo que sentimos. Nadie sabe traducir su latido” (p. 370-371).

“No lo puedo olvidar. Cuántas veces la he visto sonreírme al sorprender que la miraba, y cuántas veces he bajado la vista comprendiendo que aquel naufragio de su boca al sonreír tenía carácter de denuncia” (p. 373).

“Los años vuelven con las hojas y hacerse hombre es un trabajo cotidiano, sencillo y casi manual que, al fin y al cabo, se reduce a golpear las paredes del corazón para saber dónde está la oquedad” (p. 387).

En el poema final del libro *La espera* de José María Valverde, (1926-1996), hay una presencia colmada de ternura por la madre ya anciana; se titula “Despedida ante el tiempo” (Valverde, 1998) y a él pertenecen

estos versos que plasman la profunda mirada del hijo:

*“Hoy te veo, por fin, igual que un mueble
que a nuestro lado estaba envejeciendo,
hecho ya carne nuestra, en su invisible
gris de fidelidad, hasta que un día,
con la luz de una muerte o de un viaje,
despierta, se hace otro, y le miramos,
atónitos, su juventud difunta
de adornos que ha borrado la costumbre.*

(p. 193-196)

La angustia existencial de **Antonio Machado (1875-1939)** es vivida intensamente cuando le alcanza la enfermedad de tuberculosis y la pronta muerte de su joven (18 años) esposa Leonor y prorrumpe, en su libro *Campos de Castilla*, con un poema de cuatro dramáticos versos alejandrinos (**Machado, 2005**); en cada uno de ellos clama con rebeldía e increpa a Dios por la compañía que le ha arrebatado:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

(p. 546)

Pero quizá los versos más impresionantes sean los de un gran renovador de la lírica, **Miguel de Unamuno (1864-1936)**, cuando dedica un poema *“Al niño enfermo”* (**Unamuno, 1999, p. 117-118**):

“Duerme, mi pobre niño,
goza sin duelo
lo que te da la Muerte
como consuelo”.

Ese niño era el tercer hijo del gran escritor, **Raimundo Jenaro**, que moriría con seis años de edad a consecuencia de una meningitis y una hidrocefalia sufrida cuando apenas tenía

dos meses de vida.

Nada extraña que el poeta y filósofo, que siempre canta desde la intimidad, desde sus memorias y esperanzas, tuviera el pensamiento de la muerte como su obsesión secreta y el silencio de Dios le resultara aplastante, como cuando escribe el poema *“En la muerte de un hijo”* (**Unamuno, 2002**):

*Aún recuerdo las horas que pasaba
de su cuna a la triste cabecera
preguntándole al padre con mis ojos
trágicos de soñar, por nuestra meta.
(...) Pero en mí se quedó y es de mis hijos
el que acaso me ha dado más idea,
pues oigo en su silencio aquel silencio
con que responde Dios a nuestra encuesta.*

(p. 900-901)

Un autor que hizo de la literatura vivencia y de la vida materia literaria es **Francisco Umbral (1932-2007)**. Escritor de prosa rica y trabajada, tiene un libro estremecedor, de excelente tono lírico, en el que hace su personal y emotiva reflexión sobre la muerte.

Me refiero a *Mortal y rosa* (**Umbral, 1975**), escrito en torno a la enfermedad y muerte de su único hijo cuando solamente contaba siete años. Serían muchos los momentos que podríamos rescatar en los que la mirada del corazón del padre al hijo enfermo golpea angustiosamente en los adentros del alma; he aquí una pequeña muestra:

Sólo encontré una verdad en la vida, hijo,
y eras tú. Sólo encontré una verdad en
la vida y la he perdido. Vivo de llorarte
en la noche con lágrimas que queman la
oscuridad. Soldadito rubio que mandaba
en el mundo, te perdí para siempre.
Tus ojos cuajaban el azul del cielo.
Tu pelo doraba la calidad del día.
Lo que queda después de ti, hijo, es un
universo fluctuante, sin consistencia,

como dicen que es Júpiter, una vaguedad
nauseabunda de veranos e inviernos, una
promiscuidad de sol y sexo, de tiempo
y muerte, a través de todo lo cual vago
solamente porque desconozco el gesto
que hay que hacer para morirse.
Si no, haría ese gesto y nada más (p. 219).

La mirada no al hijo muerto sino al que vendrá, aunque le aceche el hambre y la muerte, y siempre con la presencia de la esposa y madre dominando el instante, la encontramos en **Miguel Hernández (1910-1942)**, un poeta que puso una voz fuerte y personal a todos los registros existenciales.

Un soneto de Imagen de tu huella, comienza con este precioso endecasílabo:

“Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos” (**Hernández, 1976, p. 236**). Y, profundamente enamorado de su mujer embarazada, el poeta de *Viento del pueblo* (**Hernández, 1976**) escribe con sinceridad auténtica no exenta de vehemencia y densidad cordial en el colofón de la *“Canción del esposo soldado”*:

*Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.*
(p. 327-328)

Juan Ramón Jiménez (1881-1958) tiene unas *Baladas para después* (**2005, p. 196**) en prosa; en la titulada *“Balada del enfermo del hospital”* describe con un lirismo contundente:

“Luz, mirada, el color tienen en sí todo
el reposo anticipado de la muerte”.

Y, tras describir el contraste del “corazón caído” del enfermo con el paisaje que contempla por la ventana del hospital, apunta:

“Una hermana de la caridad -primavera
triste- le sonrío, pero él sabe que
ellas no ríen a los fuertes. Y tras los
cristales la vida canta, como una mujer,
enfrente de su frío y de su pena”.

De natural enfermizo desde los veinte años en que empezó a sufrir trastornos nerviosos tras la muerte repentina de su padre, hubo de pasar por estancias hospitalarias, una de ellas en las montañas del Guadarrama; a esa época pertenece el libro *Jardines lejanos* (**Jiménez, 2006**), en el que encontramos “unas delicadísimas cuartetos”, al que pertenecen los versos siguientes dirigidos a una compañera enferma:

*Tú me mirarás sufriendo,
yo sólo tendré tu pena;
tú me mirarás sufriendo,
tú, hermana, que eres tan buena.
Y tú me dirás: ¿Qué tienes?
Y yo miraré hacia el suelo.
Y tú me dirás: ¿Qué tienes?
Y yo miraré hacia el cielo.
Y yo me sonreiré
-y tú estarás asustada-,
y yo me sonreiré
para decirte: No es nada...
(p. 80)*

Cabe mencionar también el poema titulado *“Enfermo”*, fechado en junio de 1918, perteneciente a Ellos e incluido en la Tercera antología poética (**Jiménez, 2006, p. 68**), que es una súplica a Dios, que arranca así:

“¡Ponlo, otra vez, Señor, en pie sobre tu tierra,
y firme, y sonriente, y plácido!”.

Luis Felipe Vivanco (1907-1975), es quizá el mejor cantor de la cotidianidad, a la que dio una nueva clave religiosa, un jubiloso franciscanismo, un cordial ejercicio literario.

En el poema “*La noche huele a campo*”, perteneciente a su libro *El descampado* (Vivanco, 2001), finaliza con unos versos en los que el poeta habla con Dios “*desde detrás del sueño con fiebre*” de su hija:

*Y el ritmo de la fiebre de mi hija es tu ritmo,
tu manera de andar insomne por la noche,
tu golpear terrestre de reloj en el tiempo
mientras sigo indefenso junto al dolor ajeno.*
(p. 351-352)

En un libro anterior, *Tiempo de dolor* (Vivanco, 2001), escrito en los años convulsos de la Segunda República y los comienzos de la Guerra Civil, incluye el poema “*Transparencia al dolor*”, nos dice:

*El dolor es la presencia de Dios como el principio de mi gozo,
y es la resurrección del cuerpo más lejano y olvidado
en un día radiante de ternura,
y el término tranquilo de los bienes en el cielo más límpido y profundo.
Sólo mi soledad puede ser transparente al dolor.
Pero mi soledad eres Tú, Dios mío.
Mi soledad es el Señor sobre el ejemplo de la muerte.
Mi soledad es mi confianza en el Señor.
Y yo soy transparente al dolor confiando en tu mano bienhechora,
en tus dones sencillos como la nieve y el silencio.
Yo soy transparente al dolor con toda mi alma abierta para la confianza.
¿Dónde reposará mi corazón
si no es en el misterio revelado del hombre?*
(p. 199-200)

El Premio Nobel de Literatura Vicente Aleixandre (1898-1984) es una de las voces más intensas y originales de la poesía del siglo XX. En *Poemas varios* (Aleixandre, 1991, p. 1255) encontramos el titulado “*Enferma*”, con profusión de ternura y delicadeza, como cuando dice:

“Casi me sonrías. Mirarte enferma es casi mirarte entre una niebla doliente, / leve, borrosa, pero casi cruel, que delicadamente te hurta” o “Rodear tu cara con estas manos es repasar acuciantemente una pena”.

El poeta más acendradamente religioso del siglo XX es sin lugar a dudas Gerardo Diego (1896-1987). A lo largo de su extensísima obra podemos hallar apuntes que ilustrarían el tema que desarrollamos en este escrito.

Pero hay uno harto significativo, en el que se recoge el cruce de miradas entre María y su Hijo Jesús cargado con la cruz camino del Calvario. En la primera de las décimas de la “*Cuarta estación*” de su *Viacrucis* (Diego, 1989) canta el poeta santanderino:

*Se ha abierto paso en las filas
una doliente Mujer.
Tu Madre te quiere ver
retratado en sus pupilas.
Lento, tu mirar destilas
y le hablas y la consuelas.
Cómo se rasgan las telas
de ese noble corazón.
Quién medirá la pasión
de esas dos almas gemelas.*
(p. 344)

Y el comienzo de otro poema, “*Miramos nuestros mirares*”, del mismo libro (Diego, 1989):

*Miramos nuestros mirares.
¿Y qué es mirar? Ida y vuelta.
Lo que se mira nos mira.
Lo que se besa nos besa.*
(p. 41)

Y también el arranque del poema “*La mirada de Ortega*” (Diego, 1989, p. 966-968), incluido en “*El Cordobés*” dilucidado y Vuelta del peregrino:

“Mueren los ojos, pero ¿cómo
¿puede morir la luz, la luz de la mirada?”

En la primera poesía de Carlos Bousoño (1923 -) hay un canto a la victoria vital sobre la muerte, si bien en la madurez asoman las dudas más

sombrías; aquí estarían poemas como el titulado “*Bajo tu sufrimiento*”, del poemario *Noche del sentido* (Bousoño, 1998), que finaliza así:

*El alma que yo quise, el alma que yo quiero,
el alma que más dulce me es que la alegría.
La alegría no quiero, tan sólo a ti te quiero,
tan sólo a ti te quiero, sólo a ti, pena mía.*
(p. 211)

En “*Cuando yo vaya a morir*”, de *Invasión de la realidad* (Bousoño, 1998), canta su deseo de tener a la amada junto a sí cuando llegue el instante decisivo “*Tenerte cerca entonces yo quisiera*”-:

*Quisiera eternizarte cuando miro
ligeros surcos en tu dulce cara:
soplar, y tu entereza perdurara
cuando oyeses la muerte en mi suspiro.*
(p. 285)

Una visión dolorida y trágica ante la muerte inminente como consecuencia de una tuberculosis cuando solamente contaba 27 años de edad es la de José Luis Hidalgo (1919-1947) en su libro *Los muertos*.

Heredero del lacónico y estremecedor existencialismo unamuniano, acosado por las dudas, a veces encuentra en Dios el asidero necesario e imprescindible, como en el poema “*Ahora que ya estoy solo*” (Hidalgo, 2000):

*Ahora que ya estoy solo puedo morir. Tú sabes
que a la muerte hay que ir sin que nadie nos llore,
ocultando las rosas del amor que encendimos
y el que sólo fue sombra que soñamos de noche.
Por eso está ya el fruto temblando entre mis dientes,
mas no quiero morderlo sin que Tú me lo digas.*
(p. 131)

Y siente la mirada de Dios en la soledad de su lecho de joven enfermo ya abocado a la muerte y en los seis versos del poema “*Me miras*” (Hidalgo, 2000) le expresa quedamente esta confianza:

*Cuando duermo me miras en la noche
con el brillo de todas las estrellas.
Y despierto en el día y tu mirada
está quieta y redonda, siempre alerta.
Cuando muera, Señor, ¿tendrán Tus ojos
una sola mirada enorme y ciega?*
(p. 135)

Uno de nuestros contemporáneos, el sacerdote y periodista José Luis Martín Descalzo (1930-1991), que escribió su libro *Testamento del pájaro solitario* cuando ya estaba muy tocado por la enfermedad, aporta el himno del rezo de Completas del jueves (Comisión Episcopal Española de Liturgia, 1984), en el que hay versos que nos sitúan en el regazo del Padre como niños, indefensos o enfermos, acogidos en el regazo de la madre:

*Como el niño que sabe que alguien vela
su sueño de inocencia y esperanza,
así descansará mi alma segura,
sabiendo que eres tú quien nos aguarda.
Tú endulzarás mi última amargura,
tú aliviarás el último cansancio,
tú cuidarás los sueños de la noche,
tú borrarás las huellas de mi llanto.*
(p. 97)

Y, ya como final, incluyo como colofón de este trabajo mi poema “*Los desheredados*”, perteneciente al libro *Vigilia* (De Santiago, 2012), galardonado con el XVI Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística en 1996. Comienza así:

*Se han cerrado las puertas a su paso
con un golpe certero
y están acorralados como fieras
en la jaula, en la cruel
soledad de sus ojos vagabundos.*
(p. 118-119)

He aquí un poema triste y trágico que expresa la realidad de los desesperanzados, los enfermos mentales, los abandonados, los que carecen de la mirada profunda del amor en sus ojos perdidos y en los que sólo habita el vacío:

Recursos:

La mirada del corazón
en la enfermedad.
Un recorrido por la poesía
del último siglo.

LH n.311

“Ved las bocas sedientas,
sus miradas marmóreas...”;
“Sólo habita el vacío
en las pupilas mortecinas”
De Santiago, p. 434-436).

Bibliografía

▶ **Bousoño C. (1998).**

Primavera de la muerte
(Poesías completas, 1945-1998).
Barcelona: Tusquets.

▶ **Comisión Episcopal Española
de Liturgia. (1984).**
Himnos de la Liturgia de las Horas.
Madrid: Coeditores Litúrgicos.

▶ **De Santiago, M. (2012).**
El camino del alma hacia el Amor.
Obra poética y comentarios.
*Salamanca: Universidad Pontificia
de Salamanca.*

▶ **De Unamuno, M. (1999).**
Obras completas (Vol. 4).
Madrid: Fundación Castro

▶ **Diego, G. (1989).**
Obras completas (Vol. 1).
Madrid: Alfaguara.

▶ **Hernández, M. (1976).**
Obra poética completa.
Madrid: Zero-Zyx.

▶ **Hidalgo, J. L.**

Poesías completas.
Barcelona: DVD.

▶ **Jiménez, J. R. (2005).**

Obras selectas (Vol. 1).
Barcelona: RBA-Instituto Cervantes.

▶ **Machado, M. (2005).**

Obras completas (Vol. 1).
Barcelona: RBA-Instituto Cervantes.

▶ **Rosales, L. (1996).**

Obras completas (Vol. 1).
Madrid: Trotta.

▶ **Umbral, F. (1975).**

Mortal y rosa.
Madrid: Cátedra.

▶ **Valverde, J. M. (1998).**

Obras completas (Vol. 1).
Madrid: Trotta.

▶ **Vivanco, L. F. (2001).**

Obras. *Madrid: Trotta.*

